

Francisco Ferrer Lerín

PAPUR

Prefacio del autor

Félix de Azúa, *El rey de la péñola jacetana*, 2008

Barcelona, 2022

PAPUR

PROEMIO

Constitución anual de la aljama de la judería de Jaca, y nombramiento de sus nuevos componentes. Dicho acto se celebra en la sinagoga mayor y ante la presencia del honorable Antón de Pardiniella, lugarteniente del baile, cargo que ostenta Jaime Borau.

Dichos judíos son:

el rabí Bonaffos Abanbrom, hijo de Barsalay,
ya fallecido;
Abram Abanbrom y Juce Abanbrom,
como adelantados;
Bonaffos Abanbrom, hijo de Sento, ya fallecido;
el rabí Juce Abinardut, Abram Audalí y Azach
Abanbrom, hijo de Sento, ya fallecido;
Juce Carffari, hijo de Jehuda, ya fallecido;
Sento Papur y Barnuch Carffari, hijo de Jehuda,
ya fallecido;
Azerián Abendahut y Juce Audalí, hijo de Sento;
Sanón Alcalá y Sento Audalí, hijo de Jassuas, ya
fallecido;
Abram Gallipapa, hijo de Bonaffos, ya fallecido;
Bonaffos Alnieta y Abram Gallipapa,
hijo de Barzilay;
Jona Larros y Fayim Abanbrom, hijo de Fazanel,
ya fallecido;
Sento Audalí, hijo de Abram;

Bonaffos Abambrom, hijo de Azach;
Fazanel Papur, Sento Alcalá y Jehuda Almosnín,
hijo del rabí Simuel, ya fallecido;
Bonaffos Carfari y Juce Almosnín,
hijo de Azerián, ya fallecido;
Abram Alcastiel;
Jehuda Carffari y Sento Abanbrom,
hijo de Azach;
Jehuda Abendahut y Simuel Almosnín,
hijo de Sento, ya fallecido;
y Jehuda Almosnín, hijo de Bonaffos, ya fallecido.

Jaca, 15 de enero de 1475

BIBLIOFILIAS

BIBLIOFILIA I

Ambos fallecieron el día de San Ignacio y a la misma hora de la madrugada. Mi abuela paterna Mercedes en la casa familiar de Ix en 1959 y mi padre Francisco, veintisiete años después, en su vivienda-consultorio de la ciudad de Barcelona. Como primogénito me cupo el honor de entrar el primero, a una semana de su muerte, en la secreta biblioteca contigua a su despacho. Los libros del armario central, todos encuadernados por Brugalla, se disponían por tamaños. Extraje uno, el que quedaba exactamente a la altura de mi brazo, un ejemplar en octavo —el tomo V de las *Obras Escogidas* de Metastasio, impreso en Aviñón en 1808—, y, al abrirlo, cayó planeando hasta el suelo una hojita de papel casi transparente escrita a mano con una elegante letra en tinta ahora rosada y que decía así: «Sé que en el mes de agosto del año de 1986 alguien leerá por fin esta breve nota y que en esos días una dolorosa pérdida anegará su alma».

BIBLIOFILIA 2

Jorge Luis Leclerc (1707-1788), conde de Buffon, fue nombrado intendente de los jardines del Rey al cumplir treinta y dos años. En ese instante y en ese lugar imaginó la grandiosa obra que le haría inmortal: la *Historia Natural*. En la página 172 del tomo XVIII de la edición de esta enciclopedia impresa en Madrid por la viuda de Ibarra en 1803 y traducida del francés por D. Joseph Clavijo y Faxardo, se da la primera noticia para la ciencia del Animal Anónimo. Este singular descubrimiento queda empañado, en el ejemplar de la Biblioteca Nacional que ahora manejamos, por la nota a lápiz, en el margen derecho, que a pesar de lo tenue del trazo, creemos que reza como sigue: «Son muchos los animales como el de la estampa que comimos en la Misión de San Luis y todos eran llamados Rubios, que eso advierte que tenían nombre como todas las criaturas nacidas de la mano del Dios Verdadero».

BIBLIOFILIA 3

Compro a peso en el mercadillo de Borja un lote de libros viejos en mal estado en el que destaca, por el tamaño, un *Libro de cantar Misa*. El volumen conserva las cubiertas pero no la portada por lo que es difícil datarlo con exactitud. Sin embargo, en las hojas en blanco pegadas en el interior de las cubiertas, aparecen multitud de inscripciones a lápiz y a pluma en las que las fechas manejadas oscilan entre 1847 y 1876. Son firmas y rúbricas de diversos personajes que menudearon por la iglesia del pueblo de Alcolea, donde debió de dar servicio el sagrado libro. Sobrecoge una declaración, perdida entre un mar de garabatos, en la esquina superior de la segunda de las hojas blancas, en letra minúscula, redactada en estos términos:

Cipriano Abadías Presbítero
Regente en Alcolea año 1871 yo lo hice yo yo
y yo yo y yo pero nunca sabrán quién ha sido

BIBLIOFILIA 4

Parece interesante el vaticinio del sabio John Preskill: pronto podremos descifrar, a partir del humo y las cenizas, el contenido de una enciclopedia aunque esté totalmente calcinada. Resulta conmovedor saber que el rastro de la palabra 'fútbol' es totalmente distinto al de la palabra 'literatura' y no nos referimos, por supuesto, al fácil procedimiento que mediante la comprobación de la diferencia de peso —por la cantidad de tinta empleada— nos dice si los volúmenes A y B de dicha enciclopedia, de igual número de páginas, tienen o no el mismo texto. Preskill anuncia recomponer una biblioteca a partir del aire en el que flotan las palabras escritas, en el mismo aire en el que flotaron las ideas que alumbraron los libros. Quizá habrá que pedirle que investigue un poco más, que avance en el desarrollo de una tecnología que ya parece insuficiente. John, por favor, dinos: ¿qué diálogo olvidó Cervantes, qué verso Quevedo?

BIBLIOFILIA 5

Recibo carta del gran profesor Solapas que me anuncia la inmediata consecución, tras largo tiempo de encierro en su refugio pirenaico, de lo que parecía imposible: disponer de un folio que pueda intercalarse entre cualquiera de las páginas de un libro sin producir en la lectura de éste ningún sobresalto. Viajo a la Cerdeña y, en la finca de Covarriu, encuentro al sabio, sereno, a la sombra de un celentéreo. Dice, como disculpándose por haberme hecho acudir, que quizá no haya para tanto, que todavía anda enfrascado en la culminación de la primera etapa del trabajo. Ha escrito una novela, «Ónice», con una página flotante: colocando la hoja suelta sobre la que uno elija, el documento no se desvirtúa, antes bien se consigue acrecentar la intensidad de la acción y la belleza de su gramática. Como digo, Solapas declara hallarse todavía en el comienzo de la faena. El proyecto, ambicioso, quiere proseguir con la redacción de un folio no sustitutivo, sí intercalable, una herramienta que actúe *además de* y no *en vez de*, y lo quiere para una obra ajena, elegida al azar en la calígene de su biblioteca (y que ha resultado ser *La Figuranta* de León Frapié en versión de Cristóbal Litrán para la valenciana Prometeo). Luego, más adelante, quiere lograr una página flotante intercalable universal, válida para todos los libros, al menos para los publicados en nuestra lengua española. Y como remate, si Dios le concede salud y unos años más de vida, espera con-

seguir el código perfecto, la empresa soñada, un texto depurado en el que cualquiera de sus páginas pueda ser movida, trasladada de principio a fin, de fin a principio, sin distorsión general alguna y que sólo plantearía un problema; el no poder encuadernarse de modo convencional.

BIBLIOFILIA 6

Hay textos que se enquistan. Este es el caso del siguiente documento, farragoso, sin ritmo, alejado del fraseo que me caracteriza: una historia circular de leve apoyatura biográfica. Lo ofrezco a la consideración de David Broggi, el más fiable de los exegetas y su juicio es demoledor: «...es inaguantable, hay que dejar de hablar de uno mismo o por lo menos que no se note, y más aún si se está borracho de alcohol y de sexo...». Intento reescribirlo, convencido de que hay un buen material, pero nada... vuelvo a fracasar... y desisto. Aunque, como testimonio de un intento y como fuente para escritores ágiles, aquí lo muestro: en su versión completa original y en la segunda versión del primer bloque.

En junio de 1959 visito París por primera vez. Viajo con mi padre que ha de participar en un simposio sobre cirugía maxilofacial; tres días de trabajo en los que no puede acompañarme en mis correrías, la verdad, todo hay que decirlo, más picantes que culturales. La última noche, en parte para compensar el abandono en que me ha tenido desde la llegada y en parte aburrido ya de la relación con sus colegas, se excusa, no asiste al acto de clausura, y me lleva a cenar a Montmartre, al Sanglier Bleu. La cena opípara, el aumento de la temperatura corporal, hacen que me olvide el chaquetón en el guardarropía; me sobra ropa en el restaurante y no

necesito abrigo al salir a la calle (mi padre prefirió entrar su cazadora al comedor por la cantidad de cosas que llevaba en los bolsillos). Decidimos ir andando al hotel para estirar las piernas, tan buena era la noche, y, al poco, reparo en la falta de la prenda y corro al restaurante para recuperarla. Mi mal francés, la angustia porque mi padre, por mi culpa, está esperándome en la noche del barrio canalla, hacen que no vuelva a desandar los pasos cuando me doy cuenta de que en uno de los compartimentos laterales han introducido un libro, sin duda equivocadamente. Prefiero no comentarlo y espero a estar solo, tranquilamente, en mi habitación del hotel, para ver de qué se trata: es una guía, la Guide Michelin pour la France de 1958. No necesito hojearla para comprobar que se ha querido señalar algo: la cinta roja de punto de lectura está reforzada en su acción por un pedazo de papel en blanco, doblado, que sobresale arriba y abajo generosamente y que deja el libro entreabierto; en el margen inferior de la página impar (no están paginadas) una flecha sobre la que se ha escrito la palabra 'DUC', todo a lápiz, apunta a la zona sur del mapa de la población de Sète, a una especie de recinto situado a poca distancia del puerto: un espacio acotado repleto de símbolos que asemejan cruces.

Es a principios del verano de 1963 cuando vuelvo a París. Esta vez como larga etapa de una larga estancia en el país vecino. Viajo con Mauricette Fécamp, maravillosa rosellonesa, a la que recojo en su Perpiñán natal y con la que a bordo de un R4 vamos primero a Marsella para, desde allí, cruzar en diagonal de sureste a

noroeste toda Francia. Somos jóvenes, por tanto pobres, y dormimos en albergues para estudiantes o en sépticos cámpings pero hay un momento en el que le estoy tan agradecido por el cariño que me demuestra, es tan alta la corriente de simpatía que se ha establecido entre los dos, que deseo de algún modo agasajarla y, recordando la cena con mi padre en el Sanglier Bleu, decido invitarla: es el único restaurante de postín que conozco en París y además, la anécdota —que no le he contado y que no quiero contarle— de la guía dejada en el bolsillo del chaquetón, añade, para mí, atractivo a la velada. Allá vamos, y es un éxito absoluto: comida exquisita, excelentes vinos, licores exóticos pero, por encima de todo, la compañía de una mujer extraordinaria, provista de una natural elegancia y de una belleza total, que abarca todo su cuerpo sin excepción alguna. Nos fuimos a pasar la noche a un hotel vecino. De madrugada, exhaustos, borrachos de alcohol y sexo, mientras yo trataba de refrescarme en el lavabo, vi como se levantaba de la cama y sacaba de su bolso un paquete. Era su regalo: un libro, la nueva edición del Dictionnaire Illustré des Auteurs Français de la editorial Seghers de París; en su interior, una de las fotos que me había hecho en el transcurso del viaje: en su dorso llevaba escrito: «Printemps 1963, Sète»; y ella no lo sabía pero la instantánea había quedado colocada entre las páginas 404 y 405, donde se explica que los restos mortales de Paul Valéry fueron inhumados en el cementerio marino de la villa de Sète.

Pasados los años, en 1975, recibo un día por correo ordinario *El cementerio marino: una reciente y certera versión de María-Jesús Velo y Alejandro Amusco que se publica en la colección Judit de Barcelona; la única traducción de Valéry al español que tengo en mi biblioteca. Y hoy, al leer en el número 688 del suplemento literario Babelia del diario El País —correspondiente al sábado 29 de enero de 2005— el poema «Medida justa», he sentido un escalofrío: el autor de la elegante composición atiende por Alejandro Duque Amusco.*

Bulto lateral. Supo que era un libro. Su pésimo francés y la angustia de la espera en el barrio canalla le impiden volver. Qué cena. Le llevan a Montmartre la primera noche. Mucho calor en el Sanglier Bleu. Y también fuera. En este junio del 60 olvida la ropa de abrigo y ha de regresar. Al coger la prenda ya percibe el bulto. Mas es en la plaza al ver a los jefes cuando se confirma. Se pone el gabán y mete los dedos en los dos bolsillos. Un error de entrega. Pero no va a volver. Ni lo va a contar. Llegan al hotel. Solo en su habitación. Guide Michelin France 1958. Con el tique del guardarropa intercalado reforzando la acción de la cinta roja punto de lectura. En el margen inferior de la página impar (no están paginadas) una flecha sobre la que se ha escrito la palabra 'DUC'. Todo a lápiz. Apuntando al sur del mapa de Sète. A una especie de recinto muy cercano al puerto. Un espacio acotado repleto de símbolos. Algo así como postes con un travesaño. O una selva de sendas. Infestada de cruces.

BIBLIOFILIA 7

Al releer la *Histoire de la zoologie* de Georges Petit & Jean Théodoridès y *La zoologie au seizième siècle* de Paul Delaunay (editados ambos manuales por Hermann en París en 1962 dentro de la colección «Histoire de la pensée») me intereso por la figura del médico, lingüista y naturalista Conrado Gesnero (Zurich, 1516-1565) autor, entre otros, de los tratados *Historia Animalium* e *Icones Animalium* en los que, fruto quizá del azar, creo descubrir dos anomalías.

La primera. Una xilografía del artista, también zuriqués, Jean Asper, en el capítulo «Scorpionis insecti Historia» del quinto volumen (póstumo, 1587) de *Historia Animalium*, recoge varias especies de escorpión entre las que se observa una de singulares características: el fabuloso Escorpión alado, en trance de despegue abiertos los élitros. La imagen propicia la duda de si se trata de una confusión con el insecto conocido como Mosca escorpión —*Panorpa communis*—, habitual, por ejemplo, en la española provincia de Huesca, pero, al bucear en el libro *Insectorum sive minimorum animalium Theatrum* (la obra de Thomas Moufet también póstuma, 1634) o en las enciclopedias de Jonston (1657) o en la de Topsell (1658), se descubre que conviven las ilustraciones del fantástico Escorpión alado (tomadas de Gesner) con las de varias especies de Mosca escorpión (Mecópteros) tomadas, según se afirma, del natural.

La segunda. *Icones Animalium* disfruta de un asombroso grabado: una imitación, el reflejo especular del rocambolésco trabajo de Alberto Durero hecho en 1515 sobre un rinoceronte. El rey de Camboya regala a Manuel I de Portugal un rinoceronte asiático. El monarca portugués, a su vez, decide regalarlo al papa León X però se produce un naufragio y el animal muere ahogado. No importa si el percance ocurrió después de hacer escala en Marsella (donde la bestia sería admirada en ese caso por Francisco I) o al arribar o zarpar del puerto de Lisboa. Lo cierto es que Durero no tiene ocasión de contemplarlo ni vivo ni muerto y es, a partir de un croquis realizado (¿en vida del animal?) por el tipógrafo Valentim Fernandez, como se crea el celeberrimo icono que incorpora, para asombro de la ciencia, un segundo cuerno, pequeño, en forma de espiral, sobre la región de las vértebras cervicales. En Gesner, esta característica, claro está, se mantiene, y además el dibujo, desprovisto desde luego de la firma de Durero, está coloreado y mira, fruto del espejo, hacia el otro lado.

